

Historias de mujeres

Cecilia Vargas Simón

Carmita se sentó sobre el catre y mirándose el vientre pensó que en unos meses más lo tendría abultado, redondo como el de su mamá. Antes de venirse de la ranchería a trabajar, sacó de su bolsa el papel que le acababan de entregar en el Centro de Salud y releyó el "positivo" con letras rojas.

Pensó en Tilo, el muchacho que la enamoraba allá en Palenque y en la fiesta de quince años que su papá le había prometido como sueños truncados, en la pena que les causaría a sus padres que aceptaron que se viniera a la ciudad con la maestra Sara, para ganarse unos centavos y terminar la primaria.

Revivió la escena de unos días antes con su patrona, cuando al verla correr al baño para vomitar la regañó por "comer mangos verdes" y después en broma le gritó desde el comedor "o ¿no será que estás embarazada?". No quería saber de sus reacciones cuando le viera crecer la barriga.

Momentos antes con Simona, su amiga que la acompañó al Centro de Salud y la única que sabía de su desdicha, contuvo las ganas de llorar, pero ahí sobre el catre, el único lugar de aquella casa que sentía suyo, dio rienda suelta más que nada a su vergüenza. ¡Si por lo menos fuera de Tilo y no de ese viejo cochino!, se recriminó.

Sintió rencor contra Simona porque fue quien dijo a don Pedro, un día que las dos fueron a comprar a la tienda, que Carmita era su amiga, que tenía 13 años y acababa de llegar de Palenque. Aunque a decir verdad, pensó, el viejo "ya le

había echado el ojo" porque desde antes le detenía la mano entre las suyas a la hora de regresar el cambio, y si no había otros clientes, le regalaba unas Sabritas, chicles o dulces.

Pero fue Simona la que insistió en que aceptara las insinuaciones del viejo, cuando le contó que a ella le había ofrecido 50 mil pesos por "dejarse toquetear".

A Carmita como a Simona les daban repulsión los más de 60 años de don Pedro, aunque éste se empeñara en parecer más joven pintando sus canas, pero pudo más su deseo de aquellos zapatos rojos que vio en el centro.

Simona le dio confianza cuando le confesó que ella dejaba que la tocara por el mismo precio y que el viejo nunca pasaba de ahí "porque no podía" y que debido a eso su mujer lo había abandonado años atrás y no tenía hijos.

Con lo de la primera semana se compró los zapatos y después un vestido, lo demás lo empezó a guardar para llevar a sus padres algo de dinero y para que la maestra no sospechara.

Pasaron tres meses y las cosas habían resultado como las dos amigas las habían calculado. Llegaba a la tienda como a comprar a la hora en que don Pedro acostumbraba cerrarla para comer, después de que salían los últimos clientes. El casi corría a la puerta de su comercio, comprobaba la ausencia de testigos e indicaba a Carmita el momento en que debía esconderse tras el mostrador mientras cerraba; claro, aprovechando también que la maestra llegaba hasta las cuatro de la tarde de la ranchería a donde daba clases.

Quien sabe si fue el calor de este verano o si la piel de Carmita ese día se impregnó del perfume de la albahaca y las Rosas de Castilla que había colocado en el altar del Señor de Tila, que la sexualidad de don Pedro recobró brío y a pesar de la resistencia de la muchacha culminó sus deseos.

Carmita pasó llorando en silencio toda esa noche. Se dio cuenta de que a partir de ese momento ya no era la misma, las palabras de Tilo de que a los 15 años se la robaría, y la escena de ese día con don Pedro le provocaron un malestar en el estómago que la forzó a levantarse al baño.

Desde ese momento juró no regresar a la tienda, a pesar de los recados con billetes de 20 mil pesos que el viejo le enviaba con Simona, a los que no respondió pero tampoco regresó el dinero, por considerarlo como el pago a un daño causado.

Hasta antes de la fecha de "su mes" nunca se imaginó que estaría embarazada. Simona le había asegurado que don Pedro no tenía hijos.

Con el resultado del laboratorio en la mano se encontraba todavía secando sus lágrimas y lamentándose de creerle a su amiga, cuando escuchó que la maestra entraba. Corrió al baño, se lavó la cara y salió al encuentro de su patrona, quien de espaldas hacia ella, desempacaba la compra de la semana y alzaba en una mano una caja de kotex ¡Son para ti!, le dijo.

UMBRAL I

*El silencio
es deseo impronunciable
de veintinueve pasos
alrededor del agua.*

*Qué bien no deber explicaciones
ni adeudarle sueños a la luna.*

Beatriz Rodríguez Guillermo
Mérida, Yucatan